

i això, el llibre ens ofereix fragments de documents molt ben trobats, que il·lustren a la perfecció les circumstàncies en què es mouen els actors: les declaracions «d'amor» a Himmler, les invectives anuals del Marqués de Lozoya contra els pressupostos de la *Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas* (*nihil novum sub sole* en qüestions de burocràcia...), el sibil·lí intent d'aproximació de Martínez Santa Olalla a Bosch els anys 50 o la precisa i reposada resposta de Pericot a la desagradable carta del comissari general amb motiu de les oposicions del 1954, tot un resum de l'estat de la qüestió en aquell moment.

No és un tòpic recomanar la lectura d'aquest llibre. Els qui vàrem conèixer alguns dels protagonistes l'hem de llegir per recordar i matisar el concepte que en tenim, i els qui no els van conèixer, per edat o per altres motius, ho han de fer també per saber d'on venen molts dels condicionants de la prehistòria i l'arqueologia espanyoles de l'actualitat: grups, escoles, tendències, càtedres, avaluacions i un llarg etcètera que seria massa llarg d'esmentar ara i aquí. Les grandeses i les misèries de la prehistòria, parafrasejant el títol de l'obra de Pericot, vénen de lluny i ens atrapen a tots...

Josep M. Fullola i M. Àngels Petit

CASADO RIGALT, Daniel, 2009, *El arqueólogo enamorado. Historia oculta de la arqueología española: de los hallazgos fortuitos a los falsificadores de tesoros*, La Esfera de los Libros, Madrid, 275 p., 16 p. c. y b/n, ISBN: 978-84-9734-837-9.

Pyrenae acoge la reseña de una obra divulgativa, que debe ser valorada dentro de ese género. No obstante, su lectura también será útil para cualquier profesional que quiera abrir una cata en el estado de la arqueología peninsular de finales de la primera década del siglo XXI, puesto que la firma un doctor en la materia y no un divulgador procedente de otro campo.

El arqueólogo enamorado va precedido de un prólogo escrito con amor por Carmen Rigalt, periodista y madre del autor. Bajo el subtítulo *Historia oculta de la arqueología española: de los hallazgos fortuitos a los falsificadores de tesoros*, se plantea un proyecto elogiado, que aspira a ofrecer un panorama completo del pasado hispánico, desde la más remota prehistoria a los visigodos, haciendo cuadrar, de forma bastante equilibrada, la amplia geografía peninsular en 14 capítulos y una introducción.

Nada más comenzar, el autor nos advierte de las diferencias de su obra con la de Kurt Wilhelm Marek, más conocido como C. W. Ceram, en particular con la impagable *Dioses, tumbas y sabios* (1949), que tantas vocaciones adolescentes despertó en su día. Ambas obras se diferencian más por el contenido y el estilo que por el material en sí, pues a fin de cuentas parten de lo mismo, de la «novela de la arqueología», narración de las peripecias vitales, con su carga de grandezas y alguna que otra miseria, de los pioneros en la ciencia

arqueológica como excusa para acercar ruinas y vestigios al lector. Casado hace bien en insistir que él no es Ceram; la forma de trabajar del periodista alemán era afín a la de su compañero generacional, el belga Hergé, dibujante de *Las aventuras de Tintín*. Las circunstancias los habían convertido en hombres de habitación, que se documentaban hasta en los más pequeños detalles sobre tierras exóticas; después, sus protagonistas servían las aventuras que faltaban en las vidas cotidianas de los lectores. Hoy, en el mundo occidental, viajar se ha abaratado considerablemente, y las masas van y vienen de visitar coliseos y pirámides sin mayores incidencias que las colas que ellas mismas generan. Pero se quiera o no, la comparación de la obra de Casado con la de Ceram resulta inevitable. De entrada, acotar el terreno a *Hispania* significa la renuncia a figuras ilustres de la arqueología universal de la talla de Champollion, Petrie, Botta, Layard, Koldewey, Winckelmann, Thompson y tantos otros, que contribuyeron a una ciencia en pañales, en un tiempo que va de mediados del siglo XVIII a principios del XX. Por aquel entonces era obligado recorrer Italia en penosas diligencias, era factible alojarse en una polvorienta pirámide, o refugiarse tras unos ladrillos cuneiformes para protegerse de una rociada de balas. Que ello ya no sea posible significa que el trabajo científico puede desarrollarse con normalidad, pues era eso y no otra cosa de lo que se trataba, y de que en los países de destino finalizase la injusta etapa colonial. Ni la arqueología ibérica tuvo ese *glamour*, ni es el primer caso de un profesional que la emprende con «la novela de la arqueología»; recuérdese, por ejemplo, la obra de Fernando Márquez Miranda *Siete arqueólogos, siete culturas* (1959).

Puesto que se trata de un enfoque diferente, señalemos una diferencia importante. Ceram era un narrador que se situaba al margen, Casado incluye en diversas ocasiones sus propias experiencias y sensaciones, en algún momento parasicológicas —por ejemplo, junto a un dolmen en Cataluña—, con el fin de ayudar al lector a transportar su imaginación al pasado. Si hubiese preguntado, más de un arqueólogo le habría cedido situaciones curiosas. Sin ir más lejos, quien esto escribe vivió hace un cuarto de siglo la nada grata experiencia de delimitar una muralla romana protegido por la Guardia Civil, ante la hostilidad de una población distante y adversa. Por suerte, Dylan ya había avisado de que los tiempos estaban cambiando y, efectivamente, no tardaron en mudar las cosas: en las dos décadas siguientes, y en el mismo lugar, otros equipos desarrollaron su tarea con normalidad. En la actualidad, esa misma población, durante unos días veraniegos, se engalana, asume con interés su pasado y acoge al visitante con sus comerciantes vestidos de romanos. Esta bien lo que bien acaba y no siempre el pasado fue mejor, aunque en él fuéramos más jóvenes.

El libro comienza en Atapuerca, donde vivió el hombre más viejo de Europa. Después de introducir al lector en los descubridores del yacimiento, y en la carambola del ferrocarril que partió la montaña y facilitó, sin proponérselo, el acceso a los restos de homínidos, se pasa a comentar el proyecto en curso dirigido por J. L. Arsuaga, E. Carbonell y J. M. Bermúdez de Castro. No cabe duda de que el equipo responsable ha obtenido importantes resultados científicos, pero el lector no ve dónde reside la épica de un trabajo realizado con profusión de medios económicos y mediáticos. Es el resultado de mezclar los siglos XIX y XXI en un mismo saco.

En el siguiente capítulo sí se retoma el discurso clásico de la historiografía, se avanza al Paleolítico Superior desde Altamira y se reivindica la injusticia perpetrada en la persona de Marcelino Sanz de Sautuola, descubridor de las pinturas. Casado prosigue en un nuevo apartado con su propio viaje hasta el Pirineo aragonés, que concluye en Cataluña, para adentrarnos en el pasado megalítico, germen fecundo de leyendas. La acción que se cuenta es en buena parte personal. Es encomiable, sin embargo, que se aproveche para describir las búsquedas en un archivo local, pues forman parte de la profesión; que nadie piense que el arqueólogo, en el transcurso de sus investigaciones, sólo recorre cerros.

Una fiesta rociera sirve de preámbulo para llevarnos hasta algo tan inmaterial como Tartessos de la mano de la diosa cartaginesa Tanit, antepasada de la Virgen, aunque pronto la acción se centra en el más material hallazgo del tesoro de El Carambolo, allá por 1958. De un lado, se discuten recientes teorías sobre si El Carambolo era un santuario fenicio o no, y hará las delicias de más de un lector la teoría —sólo es eso— que convierte Cancho Roano en un centro de prostitución sagrada. Sorprende que en medio de tanta apuesta audaz no se advierta a ese mismo lector que ningún especialista sostiene ya que la bíblica Tarsis tenga algo que ver con todo ese entorno. La Dama de Elche acude puntual al libro para cubrir, en otro capítulo, el Levante y el mundo ibérico, tanto por la peripecia vital sufrida por el busto, como por el emblema que representa para esa cultura.

Los pueblos de la Meseta aparecen introducidos por los vetones, en concreto por la exposición temporal «Celtas y vettones», que tuvo lugar en Ávila en 2001. Es loable que Casado no deje pasar por alto el mundo de las exposiciones, terreno abonado a las curiosidades. Quienquiera que haya desarrollado un comisionado expositor sabrá de la complejidad y prueba de nervios que ello supone. Pero, en lugar de eso, el autor pega la oreja a un grupo guiado formado por autoridades, bastante catetas por cierto, pues hasta entonces no sabían que la esvástica no la inventó Hitler, *¡quoque tandem* tendremos que explicar lo evidente! Un alcalde sale al aire libre, pues comprende por fin que «todo buen arqueólogo debe pisar el campo, sentir el viento y probar los rigores agrestes para comprender sus ancestros». De acuerdo, pero no parece el camino más edificante hacerlo mediante una insólita arqueología experimental, como la que desarrolla ese mismo personaje que, provisto de una bellota de hachís y un mechero, se encamina a tener una revelación iniciática en la abulense roca tallada del castro de Ulaca.

Casado nos hace retroceder en el tiempo y nos lleva a la fenicia *Gadir*, con el encomiable pretexto de hablar de la arqueología urbana, en una ciudad donde los hallazgos comenzaron ya en el siglo XIX. Lástima que no se comenten los recientes descubrimientos bajo el desaparecido *Cine Cómic*, pues servirían para bajar el tono de la discusión sostenida en los últimos años en la bahía gaditana, donde cada pueblo, y casi cada arqueólogo, han reclamado para sí la ubicación exacta de la ciudad tiria. Como dice el autor, a los fenicios siempre les quedará el atún, pero ¿qué le quedará al lector? La errata sobre la afirmación de Veleyo Patérculo (no sitúa la fundación en el siglo XI, lo hace en el XII a.C.) y la metedura de pata de una mula en Puig des Molins en 1946, pues no se dice en la obra que los expolios y trabajos en la necrópolis púnica ya habían comenzado entorno a 1910.

De *Gades* a *Emporiae*. En la ciudad griega, Emili Gandia, el hombre de campo y sus obreros son la siguiente escala, señalada por los brazos de un dios que sí han sido recuperados, aunque Casado todavía afirme lo contrario. Se nos mencionan hallazgos recientes y un repaso a las excavaciones, pero es una pena que no se incluya en una obra así el episodio de la excavación de la muralla romana con prisioneros republicanos durante la más dura posguerra. Ciertamente es sólo un estrato entre los muchos que forman la historia de sus excavaciones, pero ya se sabe que las unidades negativas también cuentan.

La heroica Numancia no podía faltar a la cita. Aquí se nos muestra un Adolf Schulten que nada más llegar se pelea con todo el mundo. Es verdad que el alemán tenía su carácter y que se pueden rebatir muchas de sus afirmaciones históricas, pero sobre su comportamiento se da la versión que hicieron correr sus refutadores, y eso es hacer de altavoz de un error. Por el contrario, se nos presenta una Comisión de Excavaciones maravillosa, cuando las cosas fueron lo que fueron, ni más ni menos. Aunque vemos sudar a Alfonso XIII, nada se nos dice sobre los monumentos ya existentes en tiempos de Isabel II. Y todavía confunde más en el relato la mención de los ejércitos del César en tiempos de Escipión, o seguir hablando de bandoleros meseteños. Menos mal que el desaguisado se arregla, en parte, al llegar a la descripción de los trabajos de Alfredo Jimeno en la necrópolis.

Es la investigación reciente la que permite al autor avanzar con firmeza, por ejemplo, cuando nos describe los descubrimientos de campamentos romanos en Cantabria. Casado haría bien en repasar su obra, pues el lector se creará la imagen de unos cántabros vencidos, esclavizados y puestos a trabajar en las minas. Un historiador, ante la falta de documentación, sería cauto: bien pudieron ser vendidos fuera, y con el beneficio importar desafortunados esclavos de otras zonas; esas cosas pasaban en la antigua Roma. Lo que sí tendría claro es que nadie empujó vagonetas romanas, en un nuevo desliz que se cuela por la obra, y se cuidaría mucho de afirmar que los cántabros tuviesen creencias «talibanes».

Más interesante es el juego de imágenes que convierten Mérida en la Pompeya española, pues ambas ciudades contaron con el inicial mecenazgo real de Carlos III. Daniel Casado realizó su tesis doctoral sobre José Ramón Mérida, por ello conoce bien su personaje y su obra en la capital emeritense. Por simple sentido de la equidad no nos parece afortunado el comentario, sin más, vertido por un descendiente del arqueólogo madrileño, relativo a las discrepancias de su ilustre antepasado con dos arqueólogos locales con quienes compartió época y trabajos. Esa forma de narrar deja en indefensión a quienes no cuentan con descendientes o a quienes, teniéndolos, se quedan sin que a éstos se les pregunte.

La Vega Baja toledana sirve de escenario para llevarnos hasta los visigodos, y con ellos los trabajos arqueológicos desarrollados con uniforme de empresa y urgencia ante la tempestad de ladrillo que ha vivido este país. Se habla de identificar las iglesias donde se celebraron los concilios visigodos. Lástima que se nos diga que los nuevos amos «se quedaron tres siglos fecundando a nuestras mujeres, rezando en nuestras iglesias y bebiéndose nuestro vino». En lugar de «nuestro» debía haberse dicho «hispanorromano».

Los dos últimos capítulos que cierran la obra son el fascinante tema de las falsificaciones, mediante el ejemplo del Cerro de los Santos, que incluye la figura arribista de Juan de

Dios de la Rada, muy bien retratada por cierto, y un extenso capítulo sobre la arqueología de los barcos hundidos, en esta ocasión un tanto prolija, pues se nos da nombre y fecha de multitud de galeones naufragados. Lo que había de ser una denuncia de escandalosos saqueos, como el de la empresa Odyssey, no tiene su contrapunto en el trabajo real de los especialistas subacuáticos. Por el contrario, el autor se permite la recreación de un grupo de marineros fenicios del siglo VII a.C. que sufren retortijones por comer sardinas en mal estado, pero los verdaderos males los padece el lector, cuando descubre que, partiendo de Tiro, trasportaban en su bodega mercancías de una Alejandría todavía no fundada.

Al principio, decíamos que una obra así es una muestra de un lugar y una época. En efecto, mientras que en estos años parte de la producción arqueológica científica se caracteriza por un abuso injustificado de la terminología, hay consenso en que en la divulgación el arqueólogo debe rebajar su tono a un nivel casi parvulario, no sea que no se le entienda. No estaría de menos tomar como modelo la lozana prosa castellana de algunos clásicos. Flaco favor se hace al lector situándolo en las antípodas de *El otoño del patriarca* y ofrecerle un relato hilvanado a golpe de frases telegráficas. Menos todavía por la profusión de términos anglosajones: *merchandising*, *look* o el ya inevitable «*friki*». También se echa en falta un trato respetuoso con los extranjeros: los franceses son llamados gabachos; Luis Siret hizo más cosas que perder la soltería por una andaluza y darse a la viagra arqueológica, etcétera. Una última reflexión: hubo un tiempo, que se remonta a Winckelmann y a Goethe, y que todavía continuó en las producciones cinematográficas de la época *peplum*, donde el pasado aparecía impoluto, y donde, por no manchar, se decía que incluso los mármoles brillaban; una pléyade de trabajos meritorios puso las cosas en su sitio. La nueva estética que aparece, por ejemplo, en series televisivas como *Roma*, muestra sin tapujos un pasado que se codea con la suciedad. La obra de Casado, más que apuntarse, se sumerge en la nueva corriente. No está de menos recordar junto a las ruinas que los ancestros también sudaban, que los soldados bebían y que en ciertos entornos las meretrices hacían su agosto; no pedimos esconder la sordidez en aras de un relato mojigato, pero urge la búsqueda de un equilibrio con otros aspectos de la cotidianidad que también se dieron. Los libros decimonónicos de Historia de España se hacen hoy odiosos por estar saturados de guerras, martirios y otras lindezas; no caigamos en el mismo error. El lector de *El arqueólogo enamorado* se llevará consigo una imagen tremendista de los orígenes peninsulares, pues asiste, sin descanso, a las comidas entre vecinos en Atapuerca, a ver rodar cabezas en las guerras numantinas, o a otear marineros fenicios poniendo orden en sus desarreglos intestinales mediante un tan precoz como dudoso conocimiento del arroz hervido. Se podía pedir más rigor. Y se podía añadir una bibliografía final, una selección de obras básicas para el lector con sed de conocimientos. Ceram así lo hacía, aunque injustamente se la suprimieron en las reediciones de bolsillo. No hay duda de que Daniel Casado está enamorado de su oficio, pero para divulgar también hay que enamorar a través del relato.

Ignasi Garcés i Estallo